

tica/pública. Del país norteamericano aprecia, en particular, la mejor condición en la que vivían las mujeres con respecto a sus contemporáneas argentinas. Su cuadro abarca todos los ámbitos, constituyendo un “diario altamente original” (p.109). En cambio, de Concha Espina, Ferrús analiza *Singladuras. Viaje americano*, en el que la autora relata su viaje a Cuba, Nueva York y Nueva Inglaterra. Ferrús evidencia algunas analogías con la mirada de Eva Canel y de Emilia Serrano en su manera de acercarse a la isla. La escritora también entrará en contacto con las intelectuales feministas, y llegará a una “revisión de la categoría mujer” (p.110). Se destaca en los escritos de Concha Espina, su interés por el mundo de los negros, de los que evidencia la exclusión y la condición de esclavitud que siguen sufriendo. Concha Espina se acercará mucho al mundo de la cultura; sin embargo, al igual que Mansilla, está convencida de que lo único que realmente vale es el dinero. Cierra el capítulo una inteligente comparación entre Mansilla y Espina.

En la conclusión, con el sugerente título de “El mundo es uno mismo en todas partes”, Beatriz Ferrús muestra cómo las diferentes escritoras analizadas se hicieron portavoces de los cambios del espíritu de una época, con sus contradicciones y con sus hallazgos, y contribuyeron, así, a unas nuevas lecturas de esos mundos que visitaron, al tiempo que propusieron un nuevo modelo de mujer.

El libro se cierra con una bibliografía muy exhaustiva que da fe, una vez más, del notable trabajo de investigación que se ha llevado a cabo para este libro: muchos textos eran prácticamente desconocidos a los lectores y casi inhallables. Además, el libro invita constantemente a la reflexión, en cuanto la autora describe en detalle el pensamiento de las escritoras consideradas, pero no evita subrayar las contradicciones y los errores en los que incurrieron. Ferrús ofrece a los lectores una serie infinita de estímulos, preguntas, y nuevas pistas para sucesivos estudios.

Se trata de una investigación que llena una laguna en el ámbito de la bibliografía sobre viajes, porque son muy pocos los investigadores que se han dedicado al análisis de los desplazamientos emprendidos por mujeres y menos aún los que trabajan con textos de diferentes procedencias. El panorama que ofrece es, por consiguiente, muy variado y rico, y posibilita una comprensión más global de la cultura de la época, al tiempo que abre un sinfín de nuevas líneas de investigación e invita a nuevas lecturas.

Chiara BOLOGNESE

RODRÍGUEZ GUTIÉRREZ, Milena (Edición, introducción, notas y bibliografía). *Otra Cuba secreta. Antología de poetisas cubanas del XIX y del XX (De Gertrudis Gómez de Avellaneda a Reina María Rodríguez. Con una breve muestra de poetisas posteriores)*. Madrid: Verbum, 2011.

La Cuba secreta que tanto amó la filósofa española María Zambrano se convierte en sustancia íntima de esta antología para acercarnos a ese otro espacio de la escri-

tura protagonizado por mujeres. La escritora, profesora e investigadora de la Universidad de Granada, Milena Rodríguez Gutiérrez, a través de un amplio y riguroso estudio, recorre la poesía cubana femenina de los siglos XIX y XX y esboza mínimamente la de las últimas décadas. La investigadora ha seleccionado poemas representativos de cincuenta autoras e incluye notas críticas y bibliografía específica de cada una de ellas, para así conformar una antología que, además de retomar a escritoras altamente consolidadas como Gertrudis Gómez de Avellaneda, Dulce María Loynaz o Fina García Marruz, rescata a otras tantas voces femeninas olvidadas o escasamente estudiadas por la crítica literaria como Úrsula Céspedes de Escanaverino, Julia Rodríguez Tomeu, Cleva Solís o Soleida Ríos.

Milena Rodríguez establece como pilar esencial de la poesía cubana de mujeres a Gertrudis Gómez de Avellaneda y afirma que es a partir de su incursión en las letras cubanas que el discurso femenino comienza a perfilarse, entendiendo como tal la conformación de una voz poética que lucha contra la imposición de roles y el inferior posicionamiento de la mujer en el ámbito literario y que celebra el goce corporal con sensualidad y erotismo. Pero esta antología no pretende ser simplemente una apología de la feminidad en las letras cubanas sino más bien una selección crítica de la enriquecedora poesía de escritoras que no han tenido un camino fácil para formar parte del ámbito poético cubano bien por su condición de mujeres, bien porque han cultivado su poesía fuera de la isla. Si en el siglo XIX a determinadas poetas cubanas se les asignaron las etiquetas de más femeninas o más varoniles en su escritura – atendiendo desde luego a criterios excesivamente arbitrarios y poco críticos –, en el siglo XX el ensayo que constituye el canon poético cubano y que publica Cintio Vitier en 1958, *Lo cubano en la poesía*, destierra de sus páginas a cualquier mujer poeta de la historia literaria cubana como representante de esa *cubanidad* anhelada. Junto a ello, la delicada situación política del país en los últimos treinta años ha hecho que muchos escritores, entre ellos mujeres, opten por el exilio y a consecuencia de ello, sean borrados de determinadas antologías –aunque cada vez más se perciba una apertura hacia la poesía de *otras orillas*, principalmente en la editorial Unión– por no participar de la oficialidad de la que se tiñen sus páginas o por ser considerados especialmente transgresores al poner en cuestión entre sus poemas esa interioridad cubana de la que se sirve el régimen para salvaguardar su esencia.

La primera parte de la antología está constituida por las poetas del siglo XIX, grupo que encabeza la prolífica y cuestionada Gómez de Avellaneda y que cuenta entre sus escritoras más destacadas a las incluidas en el *Segundo Romanticismo* (Adelaida de Mármol, Julia Pérez Montes de Oca, Úrsula Céspedes de Escanaverino y Luisa Pérez de Zambrana) y a las denominadas poetas *casalianas* o modernistas (Nieves Xenes, Juana Borrero y Mercedes Matamoros). La figura de *La Peregrina* se impone en el panorama literario de este siglo como una voz de gran personalidad que trasciende su propio tiempo a través de poemas como “Al partir”, que inaugura el discurso de la lejanía tan presente en la actualidad cubana. Según

Milena Rodríguez Gutiérrez esta escritora transatlántica, que concilió una identidad múltiple (la cubana y la española) y que es considerada precursora, entre otros muchos temas, del discurso femenino reivindicativo, ha sido cuestionada en numerosas ocasiones por la crítica –desde la consideración de *viril* que hicieron de su obra autores como Juan Varela o José Martí hasta la afirmación de Lezama Lima de que su poesía no había sobrevivido el paso del tiempo – aunque en los últimos años han surgido nuevos análisis críticos que rompen con la visión estereotipada y tópica de la autora. Su defensa femenina o feminista al estilo de las redondillas de Sor Juana Inés de la Cruz en el poema “El por qué de la inconstancia” tuvo continuación en poetas posteriores como Adelaida de Mármol y su poema “Razones para una poetisa”, donde el espacio femenino aúna la aguja y el papel; Úrsula Céspedes de Escanaverino y sus composiciones “El amor de la serrana” y “Adelaida Ristori”, en los que el sujeto mujer empieza a cuestionarse el lugar que ocupa y el que desea ocupar; Luisa Pérez de Zambrana y su poema-réplica “Contestación” a modo de denuncia que, en ocasiones, roza el deseo de compasión; y, por último, en Aurelia Castillo de González y su reflexión sobre la cárcel interior de la que toda mujer ansía escapar. Dentro de esta emersión de una voz femenina reivindicativa en la poesía cubana del siglo XIX escrita por mujeres, Milena Rodríguez afirma que cobra especial importancia la asunción de un cuerpo deseante que se sitúa como sujeto y que encabeza, de nuevo, Gertrudis Gómez de Avellaneda en “Soneto, imitando una oda de Safo”, cuya huella se reflejará en las poetas *casalianas*, especialmente en Mercedes Matamoros, poeta que cierra el siglo XIX y abre el siglo XX. Si Nieves Xenes establece una oposición entre los preceptos de la religión y el deseo desbordado de la voz poética en “Una confesión”, Juana Borrero se aproxima a través de su oscuro erotismo a la poesía de Delmira Agustini; y Mercedes Matamoros, la llamada *alondra ciega*, abre el siglo XX con un erotismo vitalista en su poema “El último amor de Safo”, rompe con la imagen utópica de Cuba en “Más triste que en regiones tenebrosas” –al igual que haría Virgilio Piñera en “La isla en peso”– y se consagra, como afirma la investigadora, en “el primer poeta contemporáneo cubano, el primero del siglo XX”.

Entramos en el siglo XX de las letras cubanas con mujeres poetas que siguen sufriendo aislamiento y marginación y a las que se les cuestiona que su lírica participe de la construcción de lo esencialmente cubano. Milena Rodríguez afirma que “aparecen como figuras aisladas, ajenas, según la historia literaria y la crítica, a las corrientes del momento; o, en todo caso, son autoras secretas o escondidas dentro de los movimientos de los que forman parte.” Las dos escritoras fundamentales de esta poesía cubana del siglo XX son Dulce María Loynaz, Premio Cervantes en 2002, y Fina García Marruz, Premio Reina Sofía de Poesía Iberoamericana y Premio Internacional de Poesía Ciudad de Granada Federico García Lorca en 2011. De la primera de ellas, que se consideró a sí misma una “navegante solitaria”, la antología ofrece el poema extenso titulado “Últimos días de una casa” en la que la autora construye simbólicamente la destrucción de la nación cubana como República a

través del espacio de una casa vieja y abandonada y también incluye otros poemas en los que lo femenino regresa con acento de denuncia como en “La oración de la rosa”. Por otro lado, Fina García Marruz, el mayor poeta cubano vivo y única mujer originista, aúna en su poesía lo que ella misma ha llamado “el cacharro doméstico y la Vía Láctea”, es decir, lo terrenal y lo trascendente, el espacio femenino y el literario. Y este doble direccionamiento se percibe en el poema seleccionado “Ay, Cuba, Cuba” en el que la isla es representada como una hija, como cuerpo y ensoñación. Al lado de estas dos figuras relevantes encontramos en la antología otras poetas destacadas como son Carilda Oliver Labra, una de las más populares en Cuba y que adopta un tono conversacional y espontáneo en su eroticidad y feminidad poética; Lina de Feria, que cultiva una poesía más próxima al existencialismo, plagada de imágenes oscuras; y, especialmente, Reina María Rodríguez, poeta que cierra la selección del siglo XX y que escribe “desde la falta”, aunando experimentación, fragmentación y convergencia de elementos desemejantes. A partir de 1959, paralelamente a la literatura que se escribe dentro de la isla, surge una literatura del exilio de la que también forman parte las poetas cubanas. A pesar de que, como sostiene Milena Rodríguez, la división entre las poetas de *dentro* y las de *fuera* “es otra división engañosa y está llena de trampas”, la antología incluye en esta poesía de diáspora a escritoras tan interesantes como Isel Rivero y Magali Alabau: la primera de ellas escribe antes de su salida de la isla el poema “La marcha de los hurones”, publicado en 1960, por el que es calificada de visionaria al advertir el comienzo del totalitarismo y desmitificar la Revolución cubana; y la segunda, escritora que sobresale dentro de las denominadas “poetas cubanas de Nueva York”, con “Hemos llegado a Ilión” reconstruye la imagen del regreso del exiliado a la isla desde el extrañamiento. Asimismo, la investigadora incluye a otras figuras destacadas de esta poesía del *afuera* como Nivaria Tejera –y su gran poema sobre el exilio cubano “Rueda del exiliado”–, Belkis Cuza Malé –y su poemario feminista y transgresor *Juego de Damas*–, o Lourdes Gil –que practica la escritura de la negatividad cubana en *El cerco de las transfiguraciones*–, entre otras, sin dejar de tener en cuenta a escritoras de *dentro* de la isla como Soleida Ríos –su escritura inasible y sugestiva– y dos poetas cercanas a la poesía *negrista* y que evocan las creencias afrocubanas: Nancy Morejón –con su conocido poema “Mujer negra”– y Georgina Herrera. El apéndice incluido al final de la antología sobre poetas posteriores es tan solo una muestra de lo que en un futuro podrá convertirse en un estudio crítico más sólido.

En la Introducción que abre a la antología, Milena Rodríguez se cuestiona su propio trabajo crítico y el porqué de una nueva antología de poetas cubanas. Con gran rigor científico recorre cronológicamente las antologías que la preceden desde el llamado *Álbum poético fotográfico de escritoras y poetisas cubanas escrito en homenaje a la señora Doña Gertrudis Gómez de Avellaneda*, publicado en 1868, hasta la más contemporánea *Indómitas al sol*, de 2011, revelando las dos que le han servido como referencia para su estudio: *Poetisas cubanas* (1985) y *Álbum de poetisas cubanas* (1997). Sin embargo, es en el último apartado titulado “¿Otra antolo-

gía de mujeres poetas?” donde pone de manifiesto las razones de la publicación de esta antología: “llenar algunos blancos de la historia literaria [...]; recuperar autoras y textos olvidados; o sugerir análisis alternativos, o llamar la atención sobre determinados aspectos mal enfocados por la crítica” siempre desde el criterio de calidad literaria y desde esa “mirada tuerta” de mujer a la que hace referencia Monserrat Roig. A pesar de la subjetividad en la que toda antología se ve inmersa, la investigadora ve cumplido ampliamente su objetivo en este exhaustivo trabajo que nos devela otra Cuba secreta, esa con nombre de mujer y poeta que tímidamente va dejando de ser –tomando el verso de Lourdes Casal– una extraña entre las piedras.

Ana CASADO FERNÁNDEZ  
*Universidad Complutense de Madrid*

VILAR, Juan B. *La España del exilio. Las emigraciones políticas españolas en los siglos XIX y XX*. Madrid: Síntesis, 2012, 503 páginas, 2º edición revisada.

Juan B. Vilar, catedrático de Historia Contemporánea de la Universidad de Murcia, pone a disposición del lector *La España del exilio. Las emigraciones políticas españolas en los siglos XIX y XX*. Se ha hecho necesaria a los cinco años una segunda edición, revisada y ampliada. El cuerpo del estudio va precedido de sendos textos a modo de lemas del político y ministro de la Gobernación Julián Zugazagoitia y del ensayista Gregorio Marañón. En el primero se lee: “No hay peor enemigo del español –y de lo español– que el español mismo”. A Marañón pertenecen estas palabras: “Toda emigración es la consecuencia de una guerra civil [...]; la historia de España ha sido una continua guerra civil”. Las situaciones que obligan a unas personas a abandonar su tierra por la presión de otras ha dado motivo a epopeyas literarias que se remontan a muchos años atrás. Una de ellas, nuestro *Cantar de Mio Cid*.

Son diversas las oleadas de emigrados que se suceden, según el signo político o ideológico de las fuerzas dominantes a lo largo del periodo abarcado: emigrados afrancesados, liberales, absolutistas, carlistas, anarquistas y republicanos de la I República, monárquicos de la II, protestantes y perdedores de la Guerra Civil de 1936–1939. El destino de los emigrados fue diverso y encontramos en síntesis los caminos por los que la diáspora española llegó a diversas naciones de Europa, al Norte de África y al continente americano, tanto Estados Unidos como América Latina.

La obra ofrece particularidades que debo destacar. Una de ellas es que se aborda el tema del exilio contemporáneo de manera conjunta. También es digna de mención la importancia que se concede a la mujer exiliada, cuyo número fue muy significativo pero desconsiderado porque no tuvieron voz. Un tercer aspecto reseñable es la inclusión de los protestantes españoles, tan desconsiderados en la historiografía